

**LA VÍA INICIÁTICA**  
**ATISBOS DE REALIDAD**  
**LA VOZ DE LA NATURALEZA**

«Como es arriba así es abajo, para que se cumpla el misterio de la Unidad.» Este principio, enunciado en uno de los tratados herméticos más antiguos que conocemos, *La Tabla Esmeralda*, nos brinda una posibilidad de entender el mundo, la vida y el ser humano: analizamos a nosotros mismos y nuestro entorno como un símbolo, como una lectura que enseña al hombre la realidad del Universo.

En el mismo tratado se afirma también que nada puede manifestarse sino a través de su característica tasa vibratoria. Y como todo lo que vibra genera un frente de ondas, perceptibles o no por los sentidos humanos, todas las cosas nos hablan aunque nuestros oídos no sean capaces de percibirlo. Por lo tanto sólo es cuestión de aprender a escuchar.

No conocemos otra manera más eficaz e inmediata de comunicación entre el Creador y sus Criaturas que la "escritura" de la creación, manifestándose ante cada ser humano. La contemplación mística consiste en vivir de forma sencilla y ordenada, con el fin de tener tiempo y libertad para sentir el latido, la voz de la Naturaleza, es decir: *la música de las esferas*.

La Vida emana desde la Totalidad y por ello cada parte es un reflejo del Todo. Quienes perciben el mundo como partes independientes sólo son capaces de ver la realidad fotograma a fotograma, fragmentada e incompleta. Las dudas son hijas de la observación parcial de la globalidad; la buena comunicación siempre llega cuando asimilamos la totalidad del mensaje.

De una buena comunicación con nosotros mismos, y con los demás seres del Universo, depende no sólo nuestra salud física y mental sino también nuestro progreso espiritual. Y ello porque de nuestra relación con el mundo dependerá la relación con nosotros mismos y por tanto, en gran medida, nuestra salud. Unas relaciones equilibradas con las personas de nuestro entorno son el motor fundamental para una vida saludable y fructífera.

El encuentro con la verdad, para el hombre de Occidente, sólo será posible entonces en la medida en que se realice a plenitud la famosa frase de San Benito: «*Ora et labora*». Esto significa trabajar en las labores propias para compenetrarse con la creación hasta el punto de

comprenderla (interrogarse en ella como modelo más inmediato de oración) y estudiarla en el fondo a través de su forma.

Existe algo que puede resultar muy chocante en este ejercicio: al ser cada uno de nosotros "imagen e imaginero" a la vez, la experiencia ante una misma observación puede ser muy diferente. En La misma manifestación que uno ve a Dios otro verá al diablo; donde uno ve el Todo otro ve la Nada. Y no hay argumento alguno que pueda justificar o negar "su razón" a cualquiera de las partes. No debemos caer por tanto en el error del enfrentamiento, ni siquiera dialéctico, ya que desde esta perspectiva es pura vanidad tratar de convencer a nadie.

El primer nivel de aprendizaje empieza cuando se comprende que desde la dualidad, desde la percepción ilusoria de lo bueno y lo malo, no puede alcanzarse -ni siquiera comprenderse- la Unidad. Según las grandes enseñanzas, Dios está en nosotros; si no lo percibimos es porque estamos divididos. La primera lección de comunicación consiste en aprender a observar. Esto no significa concentrarnos en las proyecciones de las cosas, sino que ellas nos conduzcan hacia su origen, hacia el Proyector.

Hay que cambiar por tanto el sentido de la flecha de nuestro quehacer diario: no se trata de acumular sino de allanar; no se trata de vencer sino de disolver. La verdad no se percibirá nunca desde la oposición sino desde la comunión. El trabajo fundamental consiste entonces en soldar (unificar) nuestras partes separadas. Es un trabajo tan lento como definitivo y eficaz, hasta el punto de afectar a todas las esferas de la vida.

Quien crea que comunicarse no es otra cosa que emitir un mensaje visual o audiovisual, en dirección a un hipotético receptor, no ha entendido nada. El solo hecho de existir y ser percibido (cualquier cosa, nosotros mismos) es en sí mismo el mayor acto de comunicación. Las raíces de toda comunicación están en el hecho de que la creación tiene sentido en cuanto es un fenómeno de comunicación consigo misma. Y lo maravilloso es que la Consciencia creadora, que observa su obra fundamentalmente a través del ser humano, puede llegar a comprender el mensaje global transmitido. Cuando esto ocurre deviene la iluminación.

Desde el punto de vista cósmico, todos somos a la vez criaturas y creación, lecturas y lectores. Con nuestras actuaciones modelamos la historia, que quedará impresa para siempre sobre la piel del planeta. No lo percibimos porque tenemos el ojo dividido en dos, el cuerpo dividido en dos. Así todo lo vemos por separado, y quien ve la balanza desde uno

de los platos no debería emitir juicio, porque hay que observar el fiel y éste es invisible desde la dualidad.

Cuando se comprende el misterio del juicio, la paz comienza a inundar nuestro hogar de carne y el perdón se convierte en hábito. De ahí a poder comprender que la única ley creadora es la del Amor hay sólo un paso. Y el Amor es, precisamente, la causa que provocará la inversión del sentido de nuestra propia marcha.

Si muchos emulan a la minoría que ya es consciente del mal camino que seguimos, a los que ya han logrado comprender que no se trata de vivir para conseguir sino para compartir, se producirá, aquí, en la Tierra, el cambio de paradigma que ya anunciaba Jesús el Nazir. De lo contrario, se dará la paz a esa minoría... pero en otro lugar del cielo, porque allí "arriba" hay muchos lugares, o, como dice el Evangelio: «en el hogar de mi Padre hay muchas moradas». Ésta es, también, la enseñanza de los Mensajeros.

Toni Bennássar